

BRASSIER, Ray: *Nihil desencadenado. Ilustración y extinción*, Materia Oscura, Segovia, 2017, 461p.

Ocurre en ocasiones que una decisión editorial arroja más luz sobre la realidad por las circunstancias y el momento de su elección, que por el contenido y las ideas expresadas en la literalidad del libro en sí. El caso de la obra de Ray Brassier (1965, American University of Beirut) que aquí nos trae, de su publicación, es desde este punto de vista a la vez la confirmación de un patrón y la enmienda de un déficit: el reflejo de una realidad filosófica española en ocasiones impermeable a la novedad, y el pago de una deuda contraída con su propia contemporaneidad. Por ello, es obligado celebrar la frescura que aportan quienes se vuelcan en la empresa de poner a la altura del tiempo histórico al debate académico en castellano. La traducción que Materia Oscura ha realizado del clásico de Ray Brassier *Nihil desencadenado. Ilustración y extinción*, viene aquí a completar la tríada que junto a *Después de la finitud* de Quentin Meillasoux (Caja Negra) y *El cuádruple objeto* de Graham Harman (Anthropos) forman las referencias ineludibles del llamado Realismo Especulativo (RE), la corriente filosófica más importante de los últimos años. A pesar de que el movimiento sigue en expansión, podríamos decir que, no obstante, la intensidad inicial se ha visto rebajada e incluso ha entrado en un cierto declive. Tanto es así que Ray Brassier, el “padrino” del movimiento, al menos nominalmente, ha renegado ya de dicha caracterización, denunciando las carencias e incompatibilidades de los distintos autores englobados bajo dicho paraguas conceptual.

Y es que el “Realismo Especulativo” como tal no es más que una etiqueta flexible para un movimiento cuya apuesta por el *realismo* no es exclusiva —así encontramos actualmente el “Nuevo Realismo” de Ferraris, por

---

Recibido: 15/02/2018. Aceptado: 08/03/2018.

ejemplo—, y cuyo componente *especulativo* no es homogéneo. Antes bien, podríamos ensayar una definición de la corriente en clave negativa, como aquella cuyos miembros se oponen de diversas formas al llamado *correlacionismo* (p. 114): término acuñado por Meillasoux, define el pensamiento que desde Kant en adelante afirma que “no podemos conocer nada más allá de nuestra relación con el mundo”. O lo que es lo mismo, que “no tenemos acceso más que a la correlación entre pensamiento y ser, y nunca a alguno de estos términos tomados aisladamente”. Curiosamente, esta condición sería común tanto a la fenomenología heideggeriana como a la filosofía analítica de Wittgenstein, las dos tendencias aparentemente antagónicas que han vertebrado el siglo XX. Contra esta visión antropocéntrica, el RE se erige recogiendo el testigo ilustrado del desencantamiento del mundo, apostando por la existencia da una realidad objetiva independiente del ser humano (Realismo), y afirmando la posibilidad de acceder a ella de diversas formas (Especulación).

Estas consideraciones laten en el fondo de *Nihil desencadenado* (2007) desde dos tesis: la certeza de que la filosofía debe abrazar el desencantamiento del mundo promovido por la racionalidad científica, y la apuesta por un nihilismo radical entendido como punto de partida y no como final de la teoría: “Dos son las premisas básicas en las que se sustenta este libro. En primer lugar, la idea de que el desencantamiento del mundo, entendido como una consecuencia del proceso por medio del cual la Ilustración hizo añicos ‘la gran cadena del ser’ y desfiguró el ‘libro del mundo’, es una consecuencia ineludible de la deslumbrante potencia de la razón y, por ello mismo, representa un estimulante vector para el descubrimiento intelectual en lugar de un empobrecimiento catastrófico”. En segundo lugar, que “el nihilismo no es una exacerbación patológica del subjetivismo que lleva a la anulación del mundo y a reducir la realidad a un correlato del ego absoluto, sino, más bien, el corolario inevitable de la convicción realista de que existe una realidad independiente de la mente que, pese a las presunciones del narcisismo humano, se muestra indiferente a nuestra existencia y ajena a los “valores” y “significados” con los que revestimos para que nos resulte más acogedora” (pp. 16-17).

La claridad expositiva de este prefacio se va difuminando al comenzar el libro. A partir de ahí, Brassier inicia un recorrido tan interesante como arbitrario en el que, a razón de autor por capítulo, va extrayendo de la obra de cada uno de ellos las ideas que le sirven para cimentar su propuesta teórica. Desde Sellars y Churchland hasta Nietzsche y Freud, pasando por Adorno y Horkheimer, Meillasoux, Badiou, Laruelle, Deleuze o Heidegger;

la potencia del esfuerzo exegético de Brassier brilla en la oscuridad de una prosa en ocasiones completamente críptica. El hermetismo viene también propiciado por una metodología que asume como su espacio de actuación el de la crítica endógena; Brassier no ataca los textos desde la exterioridad de sus propias tesis, sino que asume la terminología y los postulados de los autores desde el interior de sus sistemas para, casi a la manera deconstructiva, mostrar las contradicciones, debilidades o inconsistencias que ellos mismos generan. La dificultad y el esfuerzo necesarios para enfrentar la ininteligibilidad de la obra se ven recompensados en otros capítulos por una lectura no sólo aprovechable en términos de las tesis de Brassier, sino también por una gran síntesis, aguda y renovada, del pensamiento de cada autor.

A lo largo del libro Brassier irá moviéndose entre un análisis epistemológico crítico con los enunciados correlacionales y fenomenológicos, y la consecuente crítica ontológica que se deriva de una tradición que siempre ha subordinado ésta a la primera. Su crítica alcanza no obstante tanto a la tradición continental como a la filosofía analítica del giro lingüístico: al afirmar la existencia de una realidad accesible únicamente desde una perspectiva objetiva terciopersonal (la ciencia; en su caso la Física), Brassier niega tanto la posibilidad de este acceso desde la primera persona de la fenomenología, como también las posiciones que defienden que no podemos ir más allá de las proposiciones del lenguaje. Se pretende purgar así al pensamiento tanto de su carácter intencional (Husserl, p. 73), como de las apelaciones a la intersubjetividad o el consenso entre agentes racionales como garantía trascendental de la realidad objetiva (Filosofía Analítica). Brassier estaría abogando en su lugar por un realismo “antifemenológico” (p. 226) que lejos de erigirse como un canto a una irracionalidad escéptica, se propone justamente como la condición implicada en toda racionalidad: el desencantamiento del mundo es un ejemplo de la potencia de la razón, que nos impele a abrazar la falta de sentido y la absoluta contingencia de un mundo independiente de nosotros, no diseñado para ser inteligible; el nihilismo, tal como lo presenta Brassier, es un comienzo, no un final.

Recapitulando la propuesta de Brassier, éste busca conjugar una concepción antifenomenológica de la presentación ontológica con una crítica a la epistemología fenomenológica y correlacionista. Así, por un lado, inspirándose en Badiou y Laruelle, presenta una ontología sustractiva, que no afirmar el ser, sino la *nada*: “El ‘ser’ es insignificante; de hecho, lo que significa es, literalmente, nada. La cuestión del significado debe abandonarse como una superstición anticuada” (p. 226); “Lo real en tanto ser-nada no es un

objeto sino aquello que manifiesta la esencia inconsistente o inobjetivable del objeto = X. Así, la objetividad puede redefinirse para que señale la realidad que subsiste independientemente de las condiciones de objetivación ligadas a la subjetividad trascendental, ya se llame esta ‘*Dasein*’ o ‘Vida’” (p. 265). Por otro lado, aboga por deshacer el nudo de la correlación en favor de un eliminativismo —pese a las enmiendas a la propuesta de Churchilland (pp. 61-63)—, que presenta el mundo bajo un régimen del *ser* sin el *pensar*: si Meillasoux había planteado el problema de la *ancestralidad* para hablar de un escenario en el que todavía no había emergido la vida y el pensamiento, Brassier apunta hacia la *posteridad* de la *extinción* (pp. 410-436); un futuro en el que “la expansión acelerada del universo haya desintegrado la estructura misma de la materia, poniendo punto y final a la posibilidad de la encarnación” (p. 418). Para Brassier, la eliminación futura de la vida, y con ella del pensamiento, implica ya en el presente una devaluación radical del mismo. La extinción representa así una posibilidad especulativa esencial, como transposición conceptual de un fenómeno físico que suprime por completo los recursos fenomenológicos por los cuales se supone un sujeto trascendental o *Dasein* debería darle *sentido*: no sólo al objetivar el pensamiento como algo percedero, dada la imposibilidad de un correlato a posteriori del hecho físico, de un “para nosotros”; sino eliminando el espacio-tiempo como horizonte trascendental de constitución de dicho sujeto.

No faltarían las maneras de atacar este libro, a todas luces incompleto en sus propósitos —algo que Brassier no tiene reparos en asumir (p. 18). A pesar de su rigor, está lejos de constituirse como un tratado exhaustivo y minucioso, siendo posible que la cantidad de vacíos y debilidades sea mayor que la de sus precisiones y fortalezas. Su composición —recolección de *papers* anteriores—, dificulta el seguimiento de un hilo argumental continuado, remendado a la fuerza al final de cada capítulo; algunas de sus tesis —ruptura con el giro lingüístico, afirmación de una realidad independiente de la mente, etc.— están lejos de ser originales; su intento de derrocar el *correlacionismo*, más que eso, muestra la dificultad de hacerlo (lo que no es poco); y su estilo exegético transita en muchas ocasiones sobre la fina línea que separa la crítica endógena o deconstructiva, de la retoricidad vacua y pomposa. Dicho esto, pensamos que, en cualquier caso, estas y otras limitaciones no menoscaban la pretensión de una propuesta altamente sugestiva. Pero, ¿por qué ha de interesarnos un movimiento que, como hemos afirmado antes, está en declive? ¿Está justificada la atención a un libro en el que la originalidad en su crítica al correlacionismo no se ha demostrado ni tan

original, ni tan crítica? Si esta obra nos debe interesar es porque más allá de las carencias, sus aciertos trascienden la precisión de sus afirmaciones teóricas, para vincularse a una reflexión sobre cuál debe ser el papel de la filosofía como disciplina en el conjunto del saber. Si algún mérito tiene el libro de Brassier éste sería justamente el de rehabilitar a la filosofía de su sentimiento antiilustrado, su “metafísica” de corte poético y su nostalgia antropocéntrica y naturofílica, así como el de rescatar un nihilismo que rechaza la romantización y estetización que cierta tradición ha hecho, convirtiendo la ausencia de sentido en una excusa para la libre interpretación indiscriminada. El enfoque de Brassier no sólo demuestra la posibilidad de diálogo entre la filosofía analítica y la continental, sino que muestra su condición común, ofreciendo una solución conciliadora: la proximidad de la filosofía y la ciencia no supone ni la ausencia de la metafísica, ni una depauperación de la vida; la ciencia, aun en su especificidad, nos da una visión más rica de la realidad. Lo empobrecido es nuestra experiencia.

Alejandro Pérez López